

El Damasquinado*

RAMIRO LARRAÑAGA

La Cultura del Arte es una parte muy importante de la Historia de la humanidad.

Los punzones, sellos o marcas que presentan muchos trabajos viene a ser como la firma de autenticidad del ejecutante. Sin embargo, hay trabajos muy meritorios que no ofrecen esta referencia. Ha habido cierto descuido con estos signos. Para algunos artistas y artesanos distinguidos parece que ha sido un detalle secundario, porque no le daban la importancia que después tendría. Así ocurre ahora que no pocos trabajos en grabado, damasquinado, armas blancas y de fuego, así como otras verdaderas obras de arte no presentan y carecen de esta referencia. Y si se han podido identificar es porque ha habido algunos estudiosos —y me permito citar aquí a Rafael Munoa en la cuestión referente a los plateros— que se han preocupado en recopilar esas marcas o sellos a los que me he referido, cuya confección, a la de los punzones de marcaje me refiero, fue labor de los grabadores e incluso, en ocasiones, de los propios artesanos que ejecutaban el trabajo.

Dentro de lo que se conoce como grabado hay diversas especialidades que van desde el que se conoce como complementario de la industria hasta el que se clasifica como propiamente decorativo. Y no siempre se saben los procedimientos propios de cada especialidad. Es decir, cómo y cuando se emplean el buril, el cincel, el punzón manual, etc. para realizar las incisiones sobre el acero, el hierro, el oro, la plata, etc. Trataré de tocar ese punto de manera muy elemental, porque es importante.

* El Damasquinado (Extracto de la disertación de Ramiro Larrañaga en el Museo de San Telmo, en San Sebastián, el día 2 de mayo de 1999)

Esas herramientas que he citado son muy sencillas. Generalmente las confecciona el propio artesano para adaptarlas al trabajo que pretende realizar. Les aplica después el temple y el revenido en la parte que yo suelo llamar “zona de trabajo” y de esta manera va aumentando su herramental con curiosas forma de punzones, buriles, etc. Téngese en cuenta que la labor del buen artesano es creativa y no siempre trata de reproducir lo que otros hayan realizado. Y si lo hace en alguna ocasión no será exactamente igual a la muestra.

En los buriles, generalmente se emplean dos modalidades: El buril que se maneja con la mano izquierda y se impulsa a pequeños golpes de martillo para realizar la Incisión –como en el grabado de las escopetas de caza, confección de matricería y un largo etcétera. Y el buril manual, que llamamos nosotros “esku-aide” porque es corto, tiene un mango redondo que se apoya en el centro de la mano y porque se trabaja a pulso sobre la pieza a grabar. Es importante el ángulo de esa zona de trabajo, y la forma romboidal, convexa o plana, según la labor a realizar por cada artista o artesano.

En el habitáculo que tiene la bola de grabador, que viene a pesar unos 15 kilos, se coloca el objeto a damasquinar, sujeto en un taco de madera mediante una pasta, a modo de lacre, que llamamos en euskera “pikia”. Suele prepararla cada artesano, lo mismo que la composición química del pavonado con la que se ennegrece la base del objeto trabajado y hace que se destaque el oro o la plata.

He querido explicar algo sobre estas herramientas porque tienen mucho que ver con la modalidad que se conoce por DAMASQUINADO, cuyo tema tocaré a continuación. Pero antes creo que es necesaria la referencia a la saga familiar de los Zuloaga, bien porque la plaza contigua al museo lleva este nombre y porque esa modalidad artística está fuertemente vinculada con este apelido.

Hagamos un breve repaso: Blas de Zuluaga, armero eibarrés, fue uno de los que restauraron la Real Armería de Madrid que había quedado maltrecha por las huestes de Napoleón Bonaparte cuando se retiraron. Hay indicios de que fue armero del general Castaños, el vencedor en Bailén. Su hermano Ramón de Zuluaga fue maestro examinador en las Reales Fábricas de Armas de Placencia, aquí en Gipuzkoa, además de un excelente dibujante y grabador, cuyo arte puede comprobarse en el Museo Lázaro Galdiano, en el de Montjuich, etc. Fue el maestro de su sobrino Eusebio Zuloaga, hijo de Blas, quien desde Madrid, enviado por su padre, vino para iniciarse en el arte de la armería. Desde los catorce hasta los diecinueve años duró su aprendizaje, no solamente en la construcción de armas sino en decorarlas. Volvió a la Corte y siendo muy joven fue nombrado “Arcabucero de su Majestad”. Organizó dos

talleres. Uno en la calle Conde-Duque de Madrid y otro en la casa Kontadorekúa en Eibar. Eusebio Zuloaga es el que inicia la modalidad del DAMASQUINADO. Hasta entonces, si se verificaban distintas y meritorias incrustaciones de oro sobre los metales, era mediante la modalidad llamada ATAUIJA de procedencia árabe, que no es otra cosa que introducir el oro o la plata en la incisión —dibujos o letras— previamente realizada a buril, e incluso en las estampaciones de las marcas armeras, donde el fondo aparece con una lámina de oro. Eso no es DAMASQUINADO. Tampoco es lo que se conoce por NIELADO. Es el propio Eusebio Zuloaga quien en el “Glosario” que figura en el “Catálogo de la Real Armería” publicado el año 1849 explica el procedimiento que él mismo inició (No quiero extenderme en una exhaustiva explicación. Quien desee profundizar en el tema puede hacerlo mediante la lectura de las págs. 108 y ss. del libro “Los Zuloaga, dinastía de artistas vascos”). Habla del hilo capilar de oro y cómo se prepara. Después de qué manera se dibuja con el mismo hilo de oro sobre la superficie de hierro donde ha practicado una picadura de rayas cruzadas a golpes de punceta y en la que queda sujeto el oro, que tiene que ser puro, de 24 kilates y es muy blando (el que se emplea en la confección de joyas suele ser de 18 kilates.) Mediante un punzón con el que se hace presión encima del hilo y sobre la superficie picada, se procede a contornear los perfiles y después rellenar los espacios. Luego se bruñe la superficie del adorno practicado y se dilata así el oro introducido, que adquiere fijeza y estabilidad y hace desaparecer el conjunto de hilos. Y añade esta frase, que desvela con nitidez lo de la denominación de esta clase o procedimiento que se conoce por DAMASQUINADO: “La práctica de esta clase de *adorno* de oro está conocida generalmente por los artífices, tanto extranjeros como nacionales, con el nombre de DAMASQUINADO y nosotros le adoptamos por no haber uno equivalente en nuestro idioma”. Y añade, “Acaso se haya adoptado la palabra DAMASQUINADO por hallar alguna semejanza con los *detalles delicados*, que con tanta profusión presentan los sables damasquinos”. Cabe opinar, por lo tanto, que al referirse a “la semejanza con los detalles delicados de los sables”, bien pudo bautizar a la labor con el nombre de arabesco, dado que luego matiza en el aludido documento, “*se adoptó el nombre* de damasquinado por no haber uno equivalente en nuestro idioma”.

El “Vocabulario de términos de arte”, de Adeline, año 1888, detalla la diferencia que existe entre los términos “damasquino y damasquinado”. También hay cierta confusión interpretativa en esta cuestión. El acero “damasquino” lo describe como “Acero fundido ornamentado con hojas metálicas incrustadas, en el estilo de las hojas fabricadas en Damasco”. Por el contrario, acero “damasquinado” es aquel en el que se practica el grabado y se ejecuta mediante el procedimiento del rayado sobre el que se van incrustando los dibu-

jos mediante el hilo de oro”. La diferencia es clara. Además, se observa todo ello cuando diversos cañones de armas de fuego, de lujo, presentan inscripciones grabadas, tanto en oro como en plata: “damasquinos, de cintas, de herraduras, etc.” refiriéndose exclusivamente a la composición del material empleado en la confección de los cañones, detalle que nada tienen que ver con la artesanía o procedimiento de la labor artística que se conoce actualmente como DAMASQUINADO.

Pero el que verdaderamente revoluciona este arte es su hijo Plácido, que sustituye el uso de la punceta por el de la cuchilla para picar la superficie en un fino estriado de dos direcciones y después con una más. De esta manera consigue la mayor perfección alcanzada en el arte del damasquinado. Su casa-taller de Eibar, llamada “Kontadorekúa”, fue destruida durante la guerra civil de 1936 —llegué a conocerla en mi infancia— era un verdadero museo y se convirtió en la primitiva Escuela Artística del arte de damasquinar. Posiblemente fijó su residencia definitiva en ella hacia el año 1860. Desde allí se extendió hacia otras ciudades y los llamados “objetos de Eibar” se destacaron como uno de los ingredientes de la moda, de la “belle époque” francesa.

El DAMASQUINADO en relieve se practicó en Eibar desde los primeros tiempos. Se ejecutaba el “recamado”, para fijar distintos metales, y para ello también se abrían unos surcos, a buril, y mediante una punceta fina se procuraba que el fondo tuviera más amplitud que en la superficie, a modo de “cola de milano”. Se aplicaba después la placa de oro que, con ligeros golpes, quedaba definitivamente adherida a la pieza, y después venía la labor del artista al modelar diversas figuras con el uso de los buriles y pequeños punzones manuales. El ingenio de estos artesanos permitía “soldar” el oro con el hierro, operación físicamente imposible de otra manera. Probablemente no era nuevo el método. El profesor James D. Lavin, de la ciudad de Williamsburg, en el estado de Virginia EE.UU. escribe en una de sus obras: “El grabado de los cañones con incrustación de metales preciosos era practicado en Eibar y otras zonas de la provincia, pero no en Madrid”.

Plácido Zuloaga participó con su padre en varias exposiciones en la década 1840-50. Particularmente destacó en la Exposición Internacional de París, año 1855; no le escatimó elogios la prensa francesa. Cuando estuvo residiendo en París —allí se encontraba cuando estalló la revolución de 1848— se relacionó con el escultor parisino Antoine Louis Bayre, que se había especializado en el modelado de figuras de animales en miniatura y se le llamaba “el Miguel Ángel de las fieras”. También trató con el relieve Jean Baptiste Carpeau, del que se hizo gran amigo. La correlación de los tres artistas bene-

fició a todos ellos e influyó para que Plácido Zuloaga generalizase entre los grabadores eibarreses de las escopetas y pistolas de lujo, tanto damasquinadores como burilistas, la reproducción de figuras de animales relacionados con la caza, tanto en el grabado normal como en el de relieve.

Dentro de estas alusiones a la familia Zuloaga, cuya figura estelar es Ignacio, tan vinculada a este museo de San Telmo por la plaza contigua que lleva su nombre, creo que debo mencionar a otro hijo ilustre de Eusebio Zuloaga: el gran ceramista Daniel Zuloaga. No todos saben que aquí, en Donostia, son obra suya los dragones que adornan el puente de María Cristina; el arco de la iglesia de los Jesuitas; los frisos del Hotel María Cristina y de la antigua Escuela de Artes y Oficios (actual Correos), así como otros meritorios trabajos en el museo Santiago-etxea, en Zumaya.

Generalmente, la sola mención del trabajo del DAMASQUINADO dirige nuestra atención sobre este arte a la ciudad de Toledo. Y no es así. En Eibar, actualmente, se mantiene esta labor en estado casi agónico. Ya no se siente al circular por sus calles el repiqueteo de los pequeños martillos de los grabadores que trabajaban junto a las ventanas de sus casas, sentados frente a las singulares bolas de hierro colado asentadas sobre un triángulo de madera. O el de los grabadores burilistas que decoraban las básculas de las escopetas de caza. Además, todo indica que la primera aplicación que se dio al damasquinado fue para decorar las armas de lujo, tanto en Eibar como en Toledo. Después se extendió a otras aplicaciones, a multitud de objetos decorativos: ánforas, broches, arquetas, etc. Hay datos fidedignos de que en Eibar se trabajaba esta labor cuando aún en Toledo era desconocida. Toribio Echevarría, cuya categoría no ofrece duda, que fue grabador damasquinador, político, diputado y escritor, en una de sus obras literarias dice “Los maestros grabadores del damasquinado que se establecieron en Madrid, Toledo, Barcelona y otros lugares, procedían del taller de Plácido Zuloaga, de Eibar, o de sus discípulos inmediatos. El hecho de que por razones comerciales se haya llamado por algunos al damasquinado “arte toledano”, no destruye la verdad de lo dicho.”

Como dato anecdótico, voy a relatar lo ocurrido hace unos cincuenta años cuando desde los Estados Unidos de América se recibió una carta solicitando una aclaración respecto a un trabajo en oro que presentaba una tercerola, modelo Remington. Se trataba de un coleccionista de la población de Fremont, en el Estado de Nebraska, que la había adquirido en una subasta de Londres a un precio bastante elevado. Nada tenía de particular el arma, pero sí el grabado en oro que presentaba una dedicatoria de los armeros al diputado Francisco de Ansaldo y Otalora. Cuando el alcalde me entregó esta carta inves-

tigué el motivo y no era otro que la defensa que hizo en el Congreso frente al ministro de Guerra por haber autorizado un pedido de fusiles “máuser” (eran los años de la posguerra de la llamada última guerra carlista) cuando se podía complimentar en mejores condiciones en la zona armera del País Vasco. Pero lo que llamó la atención era el grabado del arma. Preguntaban qué trabajo era aquel donde “a los pájaros se les veían las plumas y a las culebras las escamas” Se les informó adecuadamente de que se trataba del “damasquinado”.

Finalmente, hay que mencionar la exposición de damasquinado que ahora hace dos años que se presentó en el Victoria-Albert Museum de Londres por el gran coleccionista de obras de arte, Dr. Nasser Khalili, con obras de Plácido Zuloaga y de sus discípulos. Solamente la puesta en marcha de la exposición ascendió a más de quince millones de pesetas. Acudió muchísima gente a verla y en el acto de apertura intervino el embajador de España en Londres. Se editó un ameno catálogo.

Mientras tanto, aquí en Eibar, en Gipuzkoa, seguimos en actitud aletargada recordando de cuándo en cuándo que el proyecto de establecer el Museo de Damasquinado data desde el año 1910 y todavía no se ha llevado a efecto, así como la recomposición del Museo de Armas antiguas. Y hemos de reivindicar, una vez más, la erección del Monumento al Armero y al Grabador. Más de quinientos años de ininterrumpida actividad laboral en la cuenca armera vasca se merecen esta atención.

Panegírico dedicado a Plácido Zuloaga

En ocasiones, duemen en las hemerotecas interesantes artículos literarios que revelan un buen número de datos o matizan los que se conocen a través de otras publicaciones. Hace poco tiempo —siguiendo las indicaciones que me hizo desde Madrid el genealogista y amigo Julián Martínez— obtuve una copia de cierto artículo publicado en el periódico “*La Voz de Guipúzcoa*” el día 15 de julio de 1910, es decir, cinco días después del fallecimiento de Plácido Zuloaga —padre del insigne pintor eibarrés Ignacio—, firmado por D. Burgoa, que además de confirmar la veracidad del año de su defunción, como se ha dicho en alguna otra ocasión, puesto que no es exacto el que figura en el medallón que está situado en la parte posterior del pedestal que en Eibar se dedicó a su hijo Ignacio.

Aunque se ha venido escribiendo algo sobre los orígenes del damasquinado eibarrés y su difusión (Véanse “*El damasquinado de Eibar*” “*Los Zuloaga, dinastía de artistas vascos*” y las monografías de la población entre otras publicaciones), nunca llegaremos a alcanzar la cota de gratitud y recuer-

do que se merece Plácido Zulcaga, que también fue alcalde de Eibar en los años 1884-1885, como máximo innovador del damasquinado y maestro en su mansión “Kontadorekúa” que descubrió unos procedimientos artísticos que desde Eibar se extendieron por todas partes, al mejorar los métodos de ejecución que su padre, Eusebio Zuloaga, arcabucero real, había experimentado tras haber culminado su aprendizaje de armero, durante cinco años, junto a su tío Ramón de Zuloaga, maestro examinador en las Reales Fábricas de Placencia, y después en Francia con el arcabucero del rey Mr. Lepage.

Tengamos en cuenta que aún es relativamente reciente —mayo de 1997— la magnífica exposición que tuvo lugar en el prestigioso Museo Victoria & Albert, de Londres, bajo el epígrafe “The Art and Tradition of the Zuloagas”.

No puedo extenderme más. Sin embargo, sí quiero recordar una vez más que el proyecto de que se instale en Eibar el “Museo del Damasquinado” también data desde 1910, año que, como se ha dicho, fue cuando falleció esta personalidad que tanto hizo por Eibar y el arte decorativo, no sólo en las armas de fuego sino en multitud de objetos que hoy se exponen en las vitrinas de muchos museos. Este es el texto íntegro:

Plácido Zuloaga

“Plácido Zuloaga ha muerto... El eco, con su laconismo cruel, repetirá seguramente de nación en nación tan singulares palabras. ¡Otro artista sublime más que sucumbe víctima de su propio arte!, exclamemos cuantos tuvimos la dicha de su trato siempre caballeroso, siempre amable... Aquella raza de artistas que comenzó con don Eusebio Zuloaga, primer introductor del notable arte milanés que más tarde había de ser asombro del mundo, sufre con este golpe, golpe mortal de maza infortunada, una de sus más sensibles pérdidas...”

¡Quién no recuerda en el famoso Eibar aquel taller que fue templo del arte, donde la generación actual tanto aprendió; aquella casa donde sólo el arte campeaba por doquier, ya en sus paredes llenas de antigüedades, como en los muebles, en las vitrinas, en las arcas, luciendo el arte de todas las naciones; todo notable, todo rico; los esmaltes de Limoges y de la época de Luis el Grande; las porcelanas de Rouen y Sèvres, las tablas, bronce, cueros y pergaminos alemanes, los lápices, marfiles, sedas, cristales, platos repujados y barro, todo cuanto encanta y maravilla...!

Sería tarea interminable relatar, aún someramente, la cantidad de cosas de Italia, damasquinados de Milán, armaduras históricas, los objetos de plata repujada y madera tallada del Renacimiento, guarniciones de espadas y dagas, pinturas sobre cuarzo hialino, productos del arte español, del persa, indio, egipcio, árabe del imperio medio, de la tierra mexicana, faci-

miles de las tablas consularias de Kensington, etc. etc., todo un caudal de imponderable valor, nimbo de gloria artística que rodeando la figura de su ilustre intérprete le acariciaba con sus blancas alas, invitándole a una labor prodigiosa, fecunda e imperecedera.

No puede olvidarse ni aún para las futuras generaciones la labor de don Plácido, como familiarmente se le llamaba. Testimonio bien fehaciente es, entre otros infinitos, el sepulcro de Prim, existente en la Basílica de Atocha de Madrid, obra admirable, de verdadero estudio, para nacionales y extranjeros; el notable reloj de pedrería, oro y platino, producto prodigioso de una labor constante de seis años, confeccionado entre él y ocho artistas eibarreses, y en fin, su obra póstuma, obra maravillosa y gigantesca: el altar expuesto en el santuario de San Ignacio de Loyola (Azpeitia), en el que no se sabe qué admirar más, si el cerebro del pensador o la labor del artista.

Voló ya su alma de artífice —del artista de estirpe que nunca concedió a sus innumerables premios y condecoraciones más precio que el de una leve sonrisa de indiferencia— donde su premio le aguarda y aquel que fue modelo de caballero, culto, inteligente, de figura gallarda y distinguida, de porte aristocrático y demócrata de espíritu, tiene hoy seguramente en cada nación muchos que le lloran y en Eibar la famosa, especialmente, todos, grandes y chicos, pensarán un momento con recuerdo piadoso y filial en su padre artístico, en aquel grande hombre que la nación pierde y para quien cifró todos sus amores de artista y patricio.

Reciba, pues, el homenaje de la región entera (aunque Madrid fuera su cuna); sepan la raza de artistas que constituye su familia que en nuestra alma noble de vascongados residirá siempre su cariñoso recuerdo...

¡Pobre Plácido, amigo!.. Su familia perdió un miembro cien veces ilustre, la nación un hijo celeberrimo... y yo también perdí a mi más entrañable amigo. D. BURGOA.”

Por el tributo de admiración que contiene este escrito hacia la figura de Plácido Zuloaga, cuya personalidad y categoría artística fue reconocida de forma universal y nunca debiera ser olvidada, no he dudado en reproducirlo en estas páginas.